

RESEÑAS

**El «Prometeo destructor» de
Luis Carlos Martín Jiménez**

«Reseña» a Martín Jiménez, Luis Carlos (2018), *Filosofía de la técnica y de la tecnología*.
Oviedo: Pentalfa, 348 páginas.

Alberto Fadón Duarte

(Universidad Complutense de Madrid)

Apunta Luis Carlos Martín Jiménez, tratando de escudriñar el tipo de relación lógica que mantienen la «clase de la filosofía» y la «clase de la técnica» y una vez descartadas las alternativas que diesen como resultado la clase vacía o la inclusión de una clase en otra, que

Las técnicas y la filosofía no tienen un desarrollo esencial común, ni pertenecen al mismo género ni a la misma especie. Cabe inclinarse por encontrar algo propio a ambas, sin ser estrictamente suyo. A este conjunto en que cabe incluirlas lo llamamos «propiedad destructiva»: Prometeo destructor. Tanto histórica como operativamente las técnicas comienzan por golpear, romper, triturar, rasgar, trocear, partir, dividir, separar lo que tienen entre manos. Del mismo modo comenzó la filosofía y del mismo modo opera, critica, desmonta, clasifica, diferencia, distingue. Son modos a escalas distintas del des-hacer. Si la técnica destruye morfologías naturales, la filosofía será el modo de destruir nematologías, mitos, ideas metafísicas y cosmovisiones a las que se enfrenta permanentemente (15).

Publicado en los primeros meses de 2018 por Pentalfa, el libro *Filosofía de la técnica y de la tecnología* de Luis Carlos Martín Jiménez (autor de otra obra, *El valor de la axiología*, publicada por la misma editorial en 2014) trata de dibujar una filosofía materialista (desde el Materialismo Filosófico de Gustavo Bueno), tal como indica el título, de la técnica y de tecnología. Por manejar la noción de ciencia (necesaria aquí para entender la de técnica)

elaborada desde la teoría del cierre categorial, se aproxima, en ciertas partes, a los análisis gnoseológicos especiales realizados por discípulos de Gustavo Bueno —y por él mismo— desde hace algunas décadas, pero por su disposición argumental entronca con libros como *El animal divino* (1985) y *Primer ensayo sobre las categorías de las «ciencias políticas»* (1991).

Para poder escribir, tal como hace el autor, que técnica y filosofía tienen en común su carácter destructivo es necesario trabajar con una definición crítica no solo de las tres ideas enunciadas en el título (filosofía, técnica y tecnología), sino también de ideas «vecinas» como la de razón y, sobre todo, la de ciencia. Por otra parte, la cercanía entre la técnica y la filosofía queda sugerida ya en el primer libro de Bueno, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber* (1970), al analizar, por ejemplo, cómo las autoconcepciones dialécticas de la filosofía (sobre todo las que entran dentro del grupo I) valoran positivamente los oficios serviles y ven en ellos un proceder similar al filosófico y necesario para su afloramiento (Bueno, G., 1970). Y es precisamente en los oficios manuales, en el moldeamiento de las morfologías de la naturaleza donde el Materialismo Filosófico sitúa el origen de las ciencias. Las técnicas permiten conectar, a través de las operaciones quirúrgicas —de aproximación y separación, fundamentalmente— llevadas a cabo por un sujeto operatorio, unas formas con otras para lograr, gracias a la mediación de los contextos determinantes (solo serán determinantes a posteriori, por sus resultados efectivos), establecer relaciones necesarias entre términos: verdades que constituirán a la ciencia en cuestión como tal. Las técnicas ofrecerán los *principia media* objetuales forzosos para el nacimiento de la categoría científica. Desde esta concepción de la técnica, la ciencia y la filosofía es necesario invocar otra idea que atraviesa a las tres: la razón. La razón, para el Materialismo Filosófico, no podrá ser reducida a una facultad psicológica ni tampoco a un plano meramente proposicional, sino que se dirá de muchas maneras y, frente a los equívocos que suscita su presentación en forma gramatical sustantiva,

nos prevenimos acogiéndonos a su forma adjetiva (*logística, racional, vernunftliche...*), según la cual la Razón nos remite, antes que a alguna entidad sustantiva (acaso simple, el Espíritu, la Razón Pura, Dios...), a algún tipo de estructura o proceso de la que se predica como atributo («estructura racional», «proceso racional», «animal racional», «conducta racional», «conducta raciomorfa») (Bueno, G., 2009, 2).

La Idea de Razón que maneja el Materialismo Filosófico guarda estrecha relación con las operaciones realizadas por el sujeto corpóreo operatorio, guiadas por una estrategia teleológica, y se percibe con mayor claridad combinándola con otros pares de ideas como materia/forma, todo/parte, términos/relaciones dando lugar a consideraciones tales como su naturaleza hilemórfica en un sentido tecnológico: una entidad es racional porque ha sido sometida a una serie de transformaciones, (y su contrarrecíproca: si una entidad no ha sido

sometida a una serie de transformaciones, no será racional); la necesidad de que las relaciones racionales entre términos sean finitas (en el límite de estas relaciones tenemos las identidades sintéticas) o la estructura holótica de toda forma racional (con dintorno, entorno y contorno), lo que excluye la consideración del universo como tal. Esto es fundamental a la hora de visualizar las conexiones entre técnicas, ciencia y filosofía en la medida en que una teoría formalista de la razón, verbigracia, que reduzca la racionalidad bien a la mente, bien a cierta forma lingüística será incapaz de

- a) Entender la racionalidad inherente a los procesos técnicos, recayendo en maniqueísmos metafísicos que oponen la práctica artesanal a los productos del intelecto, encarnados principalmente en teorías científicas, teológicas o filosóficas.
- b) Tener una adecuada comprensión de las relaciones que median entre los tres términos que nos ocupan. La consideración de la filosofía como «madre de las ciencias», propia de autores presos de algún tipo de formalismo, es incompatible con una concepción operatoria de la racionalidad.
- c) Dar cuenta de la pluralidad de elementos no lingüísticos que integran las «ciencias en marcha».
- d) Ofrecer una teoría de la verdad científica en un sentido fuerte. Desligando la verdad científica de la materia, quedándose únicamente con la forma, solo cabrá hablar de verdad como coherencia, abriendo las puertas al relativismo.

Una vez que hemos visto cómo, desde una noción materialista de razón, es posible progresar de las técnicas a la filosofía, el regreso lo constituye una filosofía de la técnica (capaz de dar cuenta de las técnicas concretas eliminando las nematologías que brotan en torno a ellas), tal como trata de hacer el libro de Luis Carlos Martín Jiménez. Así, la cita con ribetes literarios que insertamos al inicio de esta reseña —la propiedad destructiva presente en ambas clases lógicas— queda iluminada al ser leída desde la teoría materialista de la razón: ambas operan transformando las partes de los todos a los que se enfrentan.

Asimismo, hay otra distinción que se ha de tener en cuenta: la existente entre las técnicas y las tecnologías. Aunque ambos términos aparecen prácticamente indiferenciados en algunas obras tempranas de Bueno, el Materialismo Filosófico establece una distinción entre ambos a raíz del desarrollo de la teoría del cierre categorial: «Distinguimos estos dos términos según su posición respecto de las ciencias [...] Las técnicas las situamos en el momento anterior a la constitución de una ciencia; las tecnologías suponen ya una ciencia en marcha, y abren camino a nuevos desarrollos» (Bueno, G., 1993, 1441).

La obra que nos ocupa, pues, se articula, tal como anticipamos antes, siguiendo una estructura esencialmente dual ensayada por Gustavo Bueno en algunas de sus obras: una

parte gnoseológica y otra ontológica. En la parte gnoseológica, dividida en cinco capítulos, se someterán a examen, en primer lugar, los análisis categoriales de la técnica (como la historia o la antropología), útiles, sí, pero insuficientes: «Andan a tientas. Lo fundamental, por así decirlo, se les ha escapado» (61). Vista su insuficiencia, se ha de recurrir a la filosofía; pero la pluralidad e incompatibilidad de filosofías de la técnica requiere el ejercicio de la crítica (la criba) para ver qué opción es la más potente, y así, cruzando tres pares de criterios (fáctica-clausurada/preambular con relación a la verdad, lisológica/morfológica, generativa/degenerativa del campo antropológico) se obtienen ocho modelos capaces de integrar el grueso de las ideas que los más diversos pensadores han vertido sobre el asunto. La idea sobre la técnica más próxima a las coordenadas materialistas, presente en autores como Platón, se caracterizará

- a) Por tender a un enfoque morfológico: del mismo modo que son plurales las categorías científicas, las técnicas son de muy diverso alcance e irreducibles las unas a las otras.
- b) Por ser generadora del campo antropológico en la medida en que la idea de hombre no es anterior al desenvolvimiento histórico de este, sino que solo aparece a través del conflicto civilizatorio (dialéctica de estados) en el que las diferentes técnicas juegan un papel fundamental.
- c) Por ser preambular en lo que respecta a la verdad científica. Las ciencias, como hemos bosquejado anteriormente, tienen su génesis en las morfologías técnicas concretas cuando estas son capaces de establecer relaciones necesarias que neutralizan esencialmente al sujeto operatorio.

A continuación, Martín Jiménez tratará de mostrar, quizá de un modo algo embrollado, la dialéctica entre técnicas y ciencias, viendo cómo en estas, partiendo de operaciones «destructoras» dadas en un espacio apotético (a distancia), irán dando lugar, gracias a la institucionalización de estos procesos, a un número cada vez mayor de conexiones paratéticas (por contigüidad), fundamentales en los que *a posteriori* podremos llamar contextos determinantes. Las técnicas, que *ordo essendi* son anteriores a las ciencias, *ordo cognoscendi* requerirán de las ciencias a las que han dado lugar para valorar retrospectivamente su potencial.

La parte ontológica de la obra consistirá, fundamentalmente, en la aplicación de la teoría de la esencia genérica de Gustavo Bueno, expuesta por primera vez en *El animal divino* (García Sierra, P., 2000, 47-50) para acercarse a la Idea de Religión, a varias técnicas concretas, a saber: las mecánicas, las térmicas, las gráficas y las electromagnéticas. Esta teoría de la esencia permitirá ver cómo, a lo largo de su curso, una técnica puede transformarse en una tecnología.

A modo de ilustración, podemos dar unas pinceladas sobre las esencias térmicas: el género generador de estas lo constituyen, a juicio del autor, aquellos «medios que los grupos de homínidos utilizan para controlar su temperatura y poder sobrevivir a los cambios drásticos de clima» (215) —desde las pieles hasta las hogueras— y su diferencia específica radica en el control de la producción artificial del fuego. Partiendo de esto, el núcleo podrá ser situado en los hornos, que serán una introducción del fuego controlado, gracias a diversos aislantes, en el hogar y, además, coincidirán con «con la aparición de la producción en masa y el comercio manufacturado, la escritura en tablillas cocidas y sobre todo la extensión de las primeras ciudades con los imperios absolutos» (218). En lo que respecta al cuerpo de esta esencia, Martín Jiménez no especificará qué atributos son propios de cada especie del curso, sino que tan solo sugerirá que «comprende una infinidad de tipos de hornos. Se trata de sistemas artificiales que caen bajo la primera y segunda ley de la termodinámica» (218). En general, el autor no concederá mucha importancia al cuerpo de ninguna de las esencias técnicas que analiza —a diferencia de lo que hacía el propio Bueno—, sino que yuxtapondrá la distinción tecnológico/nematológico (García Sierra, P., 2000, 82-3) a la teoría de esencia, centrándose en las fantasiosas construcciones ideológicas, como veremos a continuación, que brotan de las prácticas técnicas. Del curso de las esencias térmicas apuntará tres especies principales

- a) Los hornos metalúrgicos, capaces de producir, por la naturaleza del metal, totalidades distributivas según procesos de transformaciones idénticas.
- b) La máquina de vapor, que no producirá bienes, sino movimiento y, además, será el contexto determinante de las ciencias termodinámicas.
- c) Los hornos termonucleares, que ya no son técnicos, sino tecnológicos.

Finalmente, cabría comentar, como adelantamos antes, el momento nematológico de las esencias térmicas. El conocimiento de estas elaboraciones mitopoiéticas nos vendrá dado por la historia, sí, pero no de la técnica, sino de las religiones. Así, bebiendo de obras de Mircea Eliade, nos recordará, por ejemplo, la presencia de una sacralidad telúrica en la Edad de Hierro, en la cual tenían una importante presencia las minas y los minerales; en China Yu el Grande, fundador mitológico, distinguía los metales masculinos de los femeninos. En la tradición grecorromana, por otra parte, tenemos el mito de las edades del hombre en relación con diferentes metales o la figura de Prometeo; en el Génesis, la arcilla y el *pneuma* (el espíritu), que insufla Dios en Adán, suponen elementos mucho más mundanos: el horno y los fuelles, el oxígeno que alimenta el fuego.

El último capítulo de la obra, la dialéctica de estados y las esencias dialécticas, supone una reincidencia y síntesis de ideas que se han desarrollado a lo largo de la obra, con mayor o menor fortuna, coordinándolas con la idea de imperio como institución totalizadora que se

enfrenta otras instituciones con propósitos semejantes, sin la cual no cabría hablar de historia universal.

A modo de conclusión, podemos afirmar que nos encontramos ante un libro que pone sobre la mesa no solo pingües ideas sobre la técnica, que necesariamente habrán de ser tenidas en cuenta en posteriores desarrollos, sino que, a raíz de eso, reivindicará, enlazando con posiciones planteadas por Bueno desde obras tempranas, un papel muy concreto para el filósofo en relación con los otros saberes: «El filósofo como ingeniero nematológico supone un Prometeo lógico-material» (335).

BIBLIOGRAFÍA CITADA.

Bueno, G. (1970). *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*. Madrid: Editorial Ciencia Nueva.

Bueno, G. (1993). *Teoría del cierre categorial*, Tomo 5. Oviedo: Pentalfa.

Bueno, G. (2009). *¡Dios salve la razón!* El Catoblepas, Nº 84, 2.

García Sierra, P. (2000). *Diccionario filosófico. Manual de materialismo filosófico*. Oviedo: Pentalfa.